

# La malicia de Capote

## MARCO AURELIO CARBALLO

Querido maestro Rafael Cardona: Presté Música para camaleones y por supuesto perdí el ejemplar. “Ataúdes tallados a mano” es uno de los cuentos más extensos de Truman Capote, según recuerdo. Pero siento ganas de releerlo... ¿Estará ahí el texto titulado “La Côte Basque”? Podría estar en Plegarias atendidas, que también perdí. No he sabido si es Casa Vasca o Costa Vasca empecinado monolingüe como soy. Parte de mi séptimo mamotreto (con ocho rechazos de casas editoras) está ubicado ahí. Es decir, menciono nuestra visita a la Côte Basque en aquel viaje con Antonio Andrade antes de la aparición del periódico El Centenario. No recuerdo si ya había leído el libro, pero sí que lo leí después de terminar el borrador de mi séptimo mamotreto. ¿Recuerdas nuestro encuentro en ese restaurante con Brooke Shields?, ¿o lo inventé y confundo la ficción con la realidad?

Releeré algo de Capote en tanto llega la película titulada como su apellido. Es bastante trinchona, dicen. Debo releer su biografía (la de Gerald Clarke) ahora que llegarán dos películas sobre él. Capote es un caso interesante para mí y para ti, supongo, en tanto reporteros. Su truco de contar intimidades para que el interlocutor suelte la sopa es legendario, pero desaprovechado por muchos colegas. Acaso porque lo nuestro (el oficio) se da en circunstancias distintas.

Aquello de hablarle a Marlon Brando de su gusto porque le soplaran la nuca animó a ¡El Padrino! a confesar su gusto por eso mismo, pero también por morder la almohada. Publicado el asunto, Brando buscó a Capote, dicen, para propinarle un soplamocos pero sin ganas de hallarlo, porque a lo mejor Capote se guardó algunos secretillos más.

Capote está a punto de salir del purgatorio con las dos películas recién filmadas sobre su vida y obra, y con la aparición de la novela Travesía de verano, rechazada por él mismo pues no le satisfizo. Muchos rechazan esa clase de publicaciones a partir de hallazgos dudosos, como ha ocurrido con varios libros de Hemingway. Poco recuerdo de Islas en el golfo, pero París era una fiestame parece sensacional. A los fanáticos nos importa un diputado corrompido por las tabacaleras porque salimos corriendo a comprar esos libros, sean o no supuestos hallazgos.

Ahora leo los Cuentos (dizque) completos (Anagrama) pero ahí no está ni “Ataúdes tallados a mano” ni “La Côte Basque”.

Me siento mal informado por las secciones de cultura de los diarios y por los suplementos especializados. Quizá porque a juicio de los editores sería el segmento frívolo de esas secciones. Están equivocados. El mismo Capote declaró: “Toda la literatura, desde la biografía a los ensayos, pasando por la novelas y los cuentos, no es más que chismorreo. Alicia en el país de las maravillas

es chismorreó. Si se empieza a examinarlo encontraremos murmuraciones incestuosas, luego entramos en chismes de adultos que violan niños.”

Querido maestro, aquí le paro... Cuando empiezo no hay qué me detenga, carajo. Convertiré este correo electrónico en una Turbocrónica. Atendí hasta el límite de mis capacidades la necesidad de liquidar del todo el “queísmo” y le bajé de veintitrés a siete. Luego te la envío sólo para mantenerte al tanto y la información no te llegue distorsionada porque algún despistado la haya leído en el Diario del Sur o en El Heraldo de Chiapas, lo mismo en Punto y Aparte, de Jalapa, El Búho o en Gente sur.

Bien porque los temas a tratar en tus colaboraciones te lleven a releer a Capote, y mal por tu regreso a escuchar a los políticos, sean de la ralea que sean. Saludos. MAC el Sucio

He leído comentarios sobre Pedro Juan Gutiérrez, pero entre los once cubanos entrevistados ese narrador no figuraba, querido maestro Rafael Cardona. Le echaré un vistazo a sus libros para verme ante ese espejo. Incluso ignoro si él vive fuera de Cuba. Se me quedó grabado que el supuesto boom cubano llegó a oídos del director de Época y no contrargumenté porque el viaje era atractivo y gratis.

Entrevisté a once en las peores condiciones físicas. No por los mojitos, porque al bajar del avión sentí derrengarme. Sólo podía haber un culpable, el rotavirus. Pasé cuatro tardes y noches tumbado y con fiebre. Así que le pedí al guía y fotógrafo concertar las entrevistas de mañana. A esa hora me sentía menos mal. De noche hice sólo dos.

Quién sabe qué imaginaron de mí. Quizá me tildaron de reportero vedet. Mi guía se iba cada noche al “reven”. Antes pasaba a mi cuarto a echarme un vistazo y se iba oliendo a lavanda y meneando los hombros.

Puse en claro que las editoriales españolas estaban empeñadas en alentar el boom cubano pero sin resultados, creo, a la distancia. Abilio Estévez preparaba su

salida de Cuba. Vive ahora en Barcelona. Nada más él me regaló una novela, Tuyo es el reino.

Senel Paz no estaba en La Habana pero me envió las respuestas de un cuestionario.

Vivían en medio de una pobreza extrema, si bien digna, en apartamentos diminutos y varios de ellos con los libros amontonados en el piso. Leonardo Padura construyó su vivienda en el techo de la casa de sus padres. Uno de ellos iba a diario en bicicleta de su pueblo a La Habana. Otro más lamentó que no pudieran tomarle fotos (era de noche) pues llevaba su camisa preferida.

Del grupo de los once, había conocido varios años atrás a Francisco López Sacha. Él vino al Segundo Encuentro Internacional de Escritores Policiacos, efectuado en San Juan del Río, Querétaro. Publiqué una crónica de ese viaje en Mamá estaba loca y otras turbocrónicas, centrada en La Escondida, un burdel de la zona roja.

Una noche se corrió la voz en el sentido de que un paisano de López Sacha había desertado de su delegación. Reapareció al final del congreso después de vivir esos días con sus noches en un burdel. Había conocido una casa de ésas y quedó de tal manera asombrado, dicen que dijo, que decidió prolongar la experiencia el resto del congreso.

¿Qué pasaría si un cubano viviera tres o cuatro noches en un burdel? Es como escriben muchos un cuento o novela, planteándose esas preguntas. El colega se exilió en España. Quizá continúa sus experiencias burdescas, ahora con las señoritas putas europeas.

Los editores han dado mejor trato a los escritores cubanos en el exilio (Miami, París, España, México) porque manifiestan una visión más crítica de la situación cubana, menos encubierta o soterrada.

Tengo la intuición de que algunos escriben a pedido. La trilogía de PJG es sospechosa de ser un encargo. Las editoriales tienen algo de similar al jefe de información de los periódicos. A veces resultan buenos textos. Un editor local ha pedido cuentos eróticos para una

colección. Él toma y publica (en la portada) la foto de una modelo desnuda posando con el autor del libro en actitud sugerente. La modelo es compañera sentimental del editor, dicen. He leído varios textos y acaso estén bien, pero la foto no siempre logra su propósito, una bella pareja en poses eróticas. Muchas de éstas son grotescas.

La trilogía sucia de la Habana debe seguir esa corriente del realismo sucio aparecido en los Estados Unidos. ¿Qué tan “igualito” a Pedro Juan Gutiérrez escribiré yo, como tú dices? Veré si la curiosidad dura tanto como para ir a la librería y buscar un texto suyo y hojearlo y animarme a comprarlo.

Justo hoy, al salir de una librería Gandhi, dejé uno de los tres libros porque la pila pendiente no desciende y sí en cambio aumenta con los recién comprados y con los del librero porque sobrevenga de pronto el impulso incontrolable de releer a determinado autor. Ignoro si te sucede a ti, postergar una o más lecturas por una relectura.

Le contaba, indignado, a un amigo que si quisieran encasillarme no sería desagradable quedar ubicado dentro de ese realismo sucio. Indignado porque dijo que escribía “pulcro” pero me faltaba impacto. Olvidate del impacto, maestro Cardona, lo de pulcro... No amueles, le dije, porque yo nunca creí escribir pulcro sino un poco percutido.

Así que, si escribo “igualito” como alguien que ha escrito una trilogía “sucia”, pues no estoy tan desencaminado, cuando menos en la apreciación de mi propia pulcritud o falta de pulcritud.

Ahora sólo falta el impacto.

Ojalá el boom cubano anime a los editores a propiciar el boom soconusquense. Pero si mis mamotretos no caen dentro de las exigencias del pedido, del encargo, entonces seguiré sin impactar...

El chequezote

Rafael Cardona iba a pagarme el texto “El mercado errante”, del libro Los mercados de México, editado por

el gobierno panista. Abelardo Martín Miranda lo encargó desde la secretaría de Desarrollo Social. Estaba agradecido, aunque nervioso. En plena cuesta de enero iba a cobrar como un mes de sueldo de Petunia, y ¡por cinco cuartillas! Con ese dinero podía adquirir cuarenta litros de whisky.

No sabía cómo agradecerle a Rafael Cardona y a Abelardo Martín. Apenas iba a depositar el cheque. Quizá las obras completas del Rayo Macoy serían un buen regalo, aunque incluyera La Mara, leída ya por Cardona. “Escribió la novela del sexenio”, había dicho Cardona ante unas doscientas personas reunidas en el zócalo del DF cuando presentaron La Mara.

Abajo del estrado le pregunté si hablaba en serio. “Totalmente”, dijo. “Tú sabes lo que me gusta la literatu-



Juan Soriano

ra”. Se lo dije al Rayo. Oye, le dije, que Rafael Cardona te elogie... Es muy exigente y conocedor... “Yo también se lo dije”, comentó el Rayo. ¿Qué le dijiste?, pregunté. “Oye, tocayo”, le dije. “Gracias, pero sólo hago mi trabajo... A lo mejor tuve una buena tarde...”

Así que le llevé a Cardona un ejemplar de Mamá estaba loca y otras turbocrónicas. Me dio el cheque y torpe, yo, le di un recibo firmado con tinta roja. Es el color que uso para corregir mis textos.

Sentía exacerbados los nervios porque lo busqué primero en la matriz de El Cardenal y la cita era en la sucursal, a veintitantos pesos de distancia en taxi. También porque estaba en ayunas, y porque Petunia dijo: “... y lo depositas hoy mismo para que esté en firme cuanto antes” cualquier cosa que signifique eso.

Hubiera querido ir al Salón Corona, zumbarme varias espumosas de barril y engullir media docena de tacos de moronga, de chicharrón en salsa roja, de romeritos y de bacalao. No contaría con Cardona porque él iba a comer con un amigo.

Petunia compró pescado para que no me desviara de la ruta casa-centro-casa. Es mojarra, dijo. ¿!Mojarra!?, pregunté escéptico y exaltado a partes iguales. Bueno, mojarra japonesa..., dijo ella. Sabía que era imposible engañar a un experto, a un costeño y camaronero. Descubrió de algún modo que el platillo apropiado para competir con los romeritos y el bacalao, la moronga y el chicharrón, era la mojarra, chilapa o nipona. Ya con que sea pescado..., le dije relamiéndome.

Cardona y yo estábamos en un mullido sofá aunque de plástico del vestíbulo del hotel donde abrieron la filial de El Cardenal. Él iba a comer ahí con su amigo. Ese invierno Rafael Cardona vestía de traje y corbata y chaleco. Bajo el brazo llevaba una agenda como de ejecutivo. La agenda era tamaño carta, gruesa y forrada en piel. Ahí traía la chequera.

Rió al ver mi recibo tinto en tinta roja y dijo que al día siguiente le llevara otro firmado con tinta negra. Me

dio el cheque en señal de confianza. Pero antes, luego de llenarlo, trazó dos o tres líneas con tanto vigor como si estuviera anulándolo. Puse cara de espanto.

Me importaba ya un diputado el Salón Corona y la mojarra. Petunia debía pagar no sé cuántas cosas. La hipoteca, las mensualidades de la escuela de los chicos, mi whisky... Rafael Cardona explicó que de esa forma, si perdía el cheque, nadie iba a cobrarlo.

Nos despedíamos cuando le dije: Oye te traje este libro... No lo dejes aquí. Cardona ignoraba que el libro era para él. Es el colmo, le reproché con tono lastimero. Del anterior dijiste de plano que no ibas a leerlo (Vida real del artista inútil) y éste ni siquiera quieres recibirlo. “No, no”, dijo Rafael, sí lo leí, cómo crees que no...” Se lo agradecí aunque fuera una mentirijilla piadosa.

Qué gran cuate es Rafa, me dije, sorteando coches en Balderas y Juárez, rumbo al banco. Leyó mi mamotreto y me incluyó en el proyecto de un libro pagado para que ganara esta lanota. Palmé el cheque en la bolsa de mi camisa. El plus era firmar junto a Jacobo Zabłudowski y junto a Cardona.

La mojarra estuvo exquisita y el agua de jamaica fresca. Al día siguiente no me dolía nada. No, no estaba muerto. He soportado el daño de las espumosas durante siete sexenios y los efectos secundarios del chicharrón y la moronga. He soportado todo menos la gota. Ahí sí me doblo.

Les preguntaré a Bruno y a Mario en qué se parece la gota y los lugares comunes. Ellos dos están en la edad de los chistes y las adivinanzas. Como la mejor adivinanza es aquella según la cual se hace la pregunta y de inmediato se da la respuesta, les contestaré que ambos favorecen la democracia. La gota democratiza a los bolos porque nos iguala con los banqueros y los priístas y, la segunda, los lugares comunes, porque democratiza el texto según dijo John Ashbery, poeta gringo y Premio Pulitzer. 🐱